

**H** EDITA: HERALDO DE ARAGÓN EDITORA, S. L. U.  
**Presidenta Editora:** Pilar de Yarza Mompeón  
**Vicepresidente:** Fernando de Yarza Mompeón  
**Director General:** José Manuel Lozano Orús

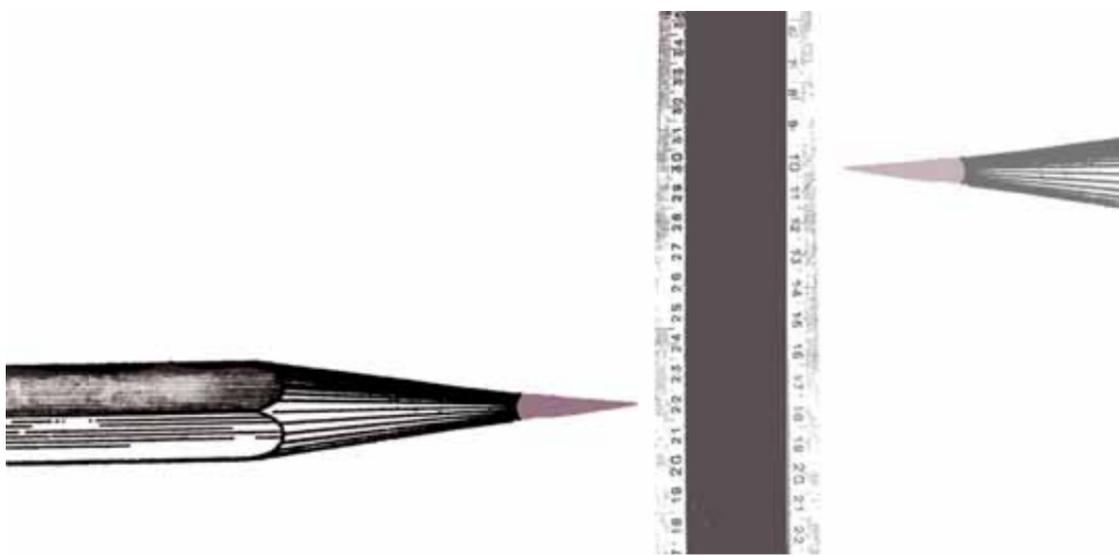
**Director:** Miguel Iturbe Mach  
 Subdirectores: Encarna Samitier (Opinión), Ángel Gorri (Información). Redactores Jefe: Enrique Mored (Aragón), Santiago Mendive. Jefe de Política: José Luis Valero. España,

Mundo y Economía: José Javier Rueda. Deportes: José Miguel Tafalla. Cultura: Santiago Paniagua. Internet: Esperanza Pamplona. Cierre: Mariano Gállego.

**Gerente:** José Andrés Nalda Mejino  
**Comercializa:** Metha. Gestión & Medios, S. L.  
**Imprime:** Impresa Norte, S. L.  
**Distribuye:** DASA. Distribuidora de Aragón, S. L.

**LA FIRMA** | Las clasificaciones internacionales sobre la calidad de las universidades deben valorarse con conocimiento de causa. España no sale tan malparada como a veces parece, pero la futura mejora está en peligro  
 Por Miguel Calvo Rebollar

# Universidades y clasificaciones



HERALDO

LA visión de la investigación que se lleva a cabo en las universidades españolas es doble. Por una parte, muchos especialistas e investigadores dicen (decimos) que España es (todavía) una potencia mundial media. Por otra parte, una vez al año, cuando aparece el famoso 'ranking de Shanghái', algunas voces, quizás interesadas en que no se valore realmente lo que tenemos (para que no se sienta su posible pérdida), critican la investigación española, aduciendo el escaso número de universidades presente (diez, lo que tampoco está tan mal), y su ausencia en puestos anteriores al 200. Hay que tener en cuenta que, para valorar la calidad de una universidad, el 'ranking de Shanghái' da un gran peso a que un profesor o un antiguo alumno hayan obtenido el Premio Nobel, y eso hasta 1910 para alumnos y 1920 para profesores. La consecuencia es que la historia pesa a veces más que la realidad actual, y nuestra historia es la que es. Por muchos esfuerzos que haga, ninguna universidad española podrá conseguir que le concedan el Premio Nobel de Química de 1960 a uno de sus profesores.

La Universidad de Leiden ha establecido un sistema de clasificación basado en criterios bibliométricos de calidad (promedio de citas por publicación), excelencia (publicaciones entre las más citadas en su campo) e internacionalización y cooperación con la industria (autores de otros países o de empresas en las publicaciones). En el escalafón correspondiente al año 2013 se incluyen entre las 500 mejores del mundo quince universidades españolas; todas públicas, por supuesto. Esta es una buena noticia, pero la mala es que, como en el de Shanghái, ninguna está entre las 250 mejores. Las dos mejor clasificadas, la Universidad de Barcelona

y la Politécnica de Valencia, ocupan los lugares 259 y 282. La Universidad de Zaragoza se sitúa en un honorable puesto 366.

Contextualizando los datos del estudio de Leiden, la parte positiva vence a la negativa. Italia aporta al listado 24 universidades, pero la mejor clasificada, la de Milán, ocupa el puesto 294, por detrás de las dos primeras españolas, y cinco italianas quedan detrás de la última española, la Politécnica de Madrid. Toda Iberoamérica aporta en conjunto 15 universidades, las mismas que España, y la mejor situada, la Pontificia Universidad Católica de Chile, queda ya por detrás de la última española.

Existen varias razones para que ninguna universidad española se sitúe en la primera mitad de la clasificación, pero probablemente la más importante es la heterogeneidad de los grupos universitarios de investigación. Puesto que un factor importante en la evaluación bibliométrica es el número de citas por trabajo publicado, los trabajos mediocres, que son poco citados, diluyen las citas de los trabajos buenos o excelentes. Curiosamente, eso también admite una lectura positiva, ya que esos trabajos mediocres representan frecuentemente el inicio de la actividad de grupos que antes no habían publicado nada en revistas internacionales. Aunque reducen la calidad aparente, al me-

**«Que alguna universidad española llegue a ocupar un lugar entre el primer centenar en cualquier clasificación mundial exigirá muchos años de esfuerzo»**

nos de forma temporal, son una esperanza de mejoras futuras. Una universidad formada por unos pocos grupos 'excelentes' y muchos 'invisibles' quedaría mejor clasificada, pero eso resulta obviamente indeseable. La investigación universitaria tiene valor en sí misma, pero también por lo que representa de mejora en la docencia, y lo que debe perseguirse es que la mejora vaya alcanzando progresivamente a todas las áreas, sin pensar solamente en la 'excelencia' en algunas. Sabiendo además que el que alguna universidad española llegue a ocupar un lugar entre el primer centenar en cualquier clasificación mundial exigirá muchos años de esfuerzo. Pero también, que lo que vemos ahora en una clasificación objetiva es ya razonablemente bueno. Si no se destruye.

En 1970 la investigación científica española era absolutamente irrelevante a escala internacional, incluso comparada con países de segunda fila, como Polonia o Hungría. En 1980, España estaba ya al nivel de Hungría, pero todavía lejos de alcanzar a Polonia. En 2013, entre las 500 universidades del mundo con mejor investigación, junto a las 15 españolas se encuentran dos de Polonia, mientras que Hungría carece de representación.

Ahora estamos como estamos; unos hemos hecho un gran esfuerzo y otros han dejado caer a sus universidades. La pregunta que debemos hacernos es cómo estará clasificada la universidad española dentro de 20 años. Los efectos se verán a largo plazo, pero unos pocos años más de recortes, cortando las líneas de trabajo y enviando al exilio a los mejores investigadores jóvenes, malograrán décadas de avance.

Miguel Calvo Rebollar es catedrático de Tecnología de los Alimentos de la Facultad de Veterinaria de la Universidad de Zaragoza

**HOY, MIÉRCOLES 30**  
 Encarna Samitier

## EN LA PLANTA CATORCE

«EN la planta catorce del pozo minero, /de la tarde amarilla tres hombres no volvieron/hay sirenas, lamentos, acompasados ayes a la boca del pozo». Así describía Víctor Manuel en los años setenta el drama de un accidente minero. Los derrumbes y el traidor grisú no eran, por desgracia, excepcionales. En esos años, había en España más de cincuenta mil trabajadores en las minas, una cifra que los planes de reconversión iniciados en los ochenta empezaron a menguar hasta la drástica reducción actual. Hoy trabajan en las minas de Asturias, Castilla y León y Aragón unas cinco mil personas. En los últimos años, la minería ha sido noticia más por los cierres de explotaciones y por los recortes que impone Bruselas a las ayudas que por una siniestralidad que se ha reducido notablemente, porque hay menos trabajadores y porque han aumentado las medidas de seguridad. Pero la tragedia de León, que se ha cobrado seis vidas, recuerda que no solo los recortes amenazan el futuro, sino que el peligro acecha a cada minuto en la mina. Y recuerda al presidente del Eurogrupo, que se permitió invitar a los españoles a «trabajar más duro», que millones de trabajadores no necesitan sus lecciones.

**CON DNI**  
 Francisco Muro de Íscar

## Laffer y las siete y media

YA saben ustedes 'aquel que diu' que Colón fue el primer economista: cuando salió de Palos, ignoraba a dónde iba; cuando llegó, desconocía dónde estaba, y, además, todo lo hizo con una subvención pública. Si Ignacio González, presidente de la Comunidad de Madrid, ha prometido bajar los impuestos, si el Gobierno de Artur Mas ha dicho que Cataluña se niega a hacerlo, hay una razón y un culpable. La razón es que en 2015 hay elecciones autonómicas y hay que llegar con gestos que cambien la tendencia hacia la derrota. Y el culpable se llama Laffer. Hace cuarenta años, un economista llamado Arthur Laffer discutía en una comida con Dick Cheney, asesor del presidente de los Estados Unidos, sobre los impuestos. Laffer cogió una servilleta y dibujó una curva, la curva de Laffer, que representaba que, en ciertas circunstancias, subir los impuestos por encima de un nivel determinado no consigue aumentar la recaudación -porque desincentiva

el trabajo- y, por el contrario, bajarlos activa la economía y permite recaudar más, porque las personas disponen de más dinero y consumen más, lo que aumenta la producción y, al aumentar la base impositiva, el Gobierno recauda más. No hay garantía de que la curva de Laffer sea una verdad indiscutible o un error mayúsculo. Pero, desde entonces, los liberales dicen que bajar los impuestos dinamiza la economía y la izquierda marxista dice que eso es una estupidez y que hay que subir más los impuestos a los ricos. La izquierda marxista, porque, si no recuerdo mal, durante una temporada hasta la izquierda zapateril defendía que «bajar los impuestos también es de izquierdas». La discusión es vieja y se extiende a otros terrenos. En todo caso, el problema es de equilibrio: si subes mucho los impuestos, no recaudas más, porque, efectivamente, desincentivas el trabajo y España es el país del euro que menos recauda con los impuestos más altos. Pero si los bajas, el riesgo es que el déficit sea insostenible. Cataluña no los puede bajar porque no tiene ni para pagar los intereses de su deuda, que es mucho mayor que la de la Comunidad de Madrid, que ha gastado menos. Laffer inventó una teoría que es muy parecida al clásico juego de las siete y media: tan malo es pasarte como no llegar.